

## EL CIERRE DEL MATERIALISMO FILOSÓFICO

Recibido: 21/09/2017 • Aprobado: 28/09/2017

**Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina**

Catedrático Emérito de Filosofía  
Universidad de Valladolid

Lo que sigue es un resumen de las reflexiones que me ha suscitado la lectura del último libro de Gustavo Bueno *El Ego trascendental*<sup>1</sup> que reelabora el texto publicado en “El Basilisco”, *El puesto del Ego trascendental en el materialismo filosófico*<sup>2</sup>. Es un libro compuesto a la manera de un testamento filosófico que da cuenta de su arco de pensamiento de casi cincuenta años, a partir de *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, de 1968.

Termina así “la idea de una organización totalizadora como presupuesto para la constitución de una conciencia filosófica, mediante la identificación del Ego con ella (con esa idea)”. La organización que inicia *El papel de la filosofía* culmina en este testamento que cierra así la inmensa y variada obra de Bueno.

Lo primero que llama poderosamente la atención en la estructura de este libro es su trabazón *cerradamente simétrica*. El *cierre* de su Ontología en los *Ensayos materialistas*, de 1972, se añade ahora al *cierre* de su Gnoseología en la *Teoría del cierre categorial*, de 1992, resultando de ello el *cierre del materialismo filosófico* de 2016, año terminal.

En este testamentario *Ego trascendental*, acaba de ajustarse la triada de los géneros de materialidad sobre el fondo de la materia ontológico-general y la triada de

las figuras gnoseológicas sobre el fondo organizador del lenguaje. Las figuras gnoseológicas se organizan, a su vez, también, en triadas: las sintácticas, en términos, operaciones y relaciones; las semánticas, en referenciales, fenómenos y esencias; y las pragmáticas, en normas, dialogismos y autologismos. Y las dos triadas, gnoseológica y ontológica, conducen a la triada final:  $M_1$ , E y M, es decir, la materialidad del *mundus adspectabilis* ( $M_1$ ,  $M_2$  y  $M_3$ ), el Ego trascendental y la materia ontológico-general.

Triada sobre triada, trinidad sobre trinidad, se cierra el orden clásico del materialismo filosófico en un *eidetismo* que confirma la tesis básica subyacente de la verdad como síntesis de identidad, relegando el *fenómeno* a la condición de antesala que se anula con la presencia del *eidos* definitivo.

Empecemos por la triada del cierre final,  $M_1$  ( $M_1$ ,  $M_2$ ,  $M_3$ ), E y M. Es la clave que sostiene el entramado del materialismo filosófico. ¿Cuál es la dialexis o symploké que liga estas tres ideas básicas?

$M_1$  es el conjunto sumado de los tres géneros de materialidad, y se despliega en el tiempo.  $M_3$ , el tercer género, necesita evidentemente de los dos anteriores, de  $M_1$  y de  $M_2$ . Por su parte,  $M_2$  “procede” de  $M_1$ . Pero ¿qué pasa con  $M_1$ ?

Ocurre que el sumatorio de los tres géneros que constituye la realidad del mundo visible, del mundo “adspectable”, no es autosuficiente, no cierra globalmente, no agota la realidad. Se revela como la realidad *a escala antrópica*, la realidad humana, el mundo con sentido. Tendrá, pues, que darse un “complemento lógico” de ese mundo antrópico, una cierta clase  $-M_i$ . Pero tal clase es un extraño complemento, porque habría de ser *infinita* e *indefinida*, y de esa materialidad, infinita e indefinida, saldría  $M_i$  como un filtrado.  $M_i$  sería, pues, un *filtro* a través del cual la realidad  $M$ , materialidad ontológico-general, infinita e indefinida, acabará manifestándose como realidad humana, como mundo antrópico; y el operador (trascendental ya no categorial) de tal filtraje es  $E$ , el Ego trascendental.

E tiene, pues, dos funciones conexas. Por una parte, es el operador que totaliza los tres géneros de materialidad,  $M_1$ ,  $M_2$  y  $M_3$ , que por ser materialidades *discontinuas*, no podrán imbricarse por sí mismas; esa totalización produce el *universo* antrópico, “adspectable”. Y, por otra parte, es el operador de anexión de  $M_i$  a  $M$ , haciendo que la materialidad infinita e indefinida acabe filtrada como realidad antrópica, dejando un “resto complementario”, también infinito e indefinido.

Dejando, por lo tanto, al margen absoluto, ese resto de  $M_i$  lo que queda es un universo de objetos que se manifiestan en primer término como *fenómenos*. Aquí el operador no es el Ego trascendental sino los egos operatorios subjetivos, categoriales, que son, en principio, egos psicológicos, “diminutos”, dice Bueno, cuya suma no constituye evidentemente el Ego trascendental, por su carácter “psicológico”, naturalista, en términos de Husserl.

Lo que distingue los egos psicológicos del Ego trascendental es la consideración, según la cual, la realidad no es una *realidad en sí*, autosuficiente, que sería una realidad *metafísica*, sino una realidad humana en la que los operadores categoriales no pueden cumplir la función de totalización y de filtraje de la materialidad absoluta, general, infinita e indefinida, sin sentido e inhumana. La filosofía “clásica”, metafísica, consideraba la realidad



Gustavo Bueno. Foto: Cima & Holzenthal.

como algo *en sí*, sin caer en la cuenta de que la realidad cognoscible no es en sí, sino que es antrópica, filtrada.

Así pues, hay un Ego trascendental en el materialismo filosófico, no sólo porque organiza la realidad humana y su historicidad (totalización de  $M_i$ ), sino porque niega la posibilidad de una realidad metafísica, de una  $M$  en sí, y, en consecuencia, controla el nexo, el eslabón, por el que  $M$  se manifiesta como  $M_i$ , como realidad antrópica (sin que esto signifique la aceptación del llamado principio antrópico).

En resumen, la tríada de referencia que cierra la bóveda del materialismo filosófico:  $M$ ,  $M_i$  y  $E$  organiza la realidad y organiza la materia plural.  $M_i$  es la parte de  $M$  filtrada a través de  $E$ . El mundo visible, totalización de  $M_1$ ,  $M_2$  y  $M_3$  por  $E$ , es la realidad a escala antrópica.

Pero la *realidad* no se agota con  $M_i$ . Lo categorial se desborda porque hay un margen necesario de materialidad infinita e indefinida, absoluta, con trascendencia

absoluta. Sólo queda como “adspectable” el resto filtrado de la realidad humana, que es la realidad *con sentido*.

El equivalente de esta metáfora del *filtro* es, en la fenomenología de Husserl, la *epokhé*. En el griego clásico el verbo *epekhô* significa aplicar la atención, retener, suspender, retardar... Lo que, en principio, encontró Husserl con la intencionalidad “objetiva”, en el cambio de siglo, fue la suspensión de la realidad *en-sí* del naturalismo, según el cual, en la *scala naturæ*, interpretada de modo clásico, lo humano sería una continuidad de la organización de la materia: materialidad, vitalidad, animalidad, humanidad.

Con la *epokhé*, se interrumpe el naturalismo y la serie de la *scala naturæ* se *invierte*, *abriendo dos campos*: el campo *intencional* y el campo *eidético*.

Hay que recordar que no bastó la intencionalidad objetiva para abrir la extensión plena del campo intencional. Sólo cuando cinco años más tarde, después de 1900, descubrió lo que impropriamente llamó la región de la *phantasia*, fue cuando el campo intencional llegó a su límite originario, desde la franja de la objetividad a la franja “superior”, donde incluso el espacio-tiempo y la subjetividad egoica han desaparecido, porque, en ella, la espacialidad, la temporalidad y la subjetividad *se hacen*.

Así pues, interrumpido el *progressus naturalista*, la inversión de la serie óptica prolonga la *catábasis natural* con una *anábasis fenomenológica* (inversión por la que aparecen los campos intencional y eidético). El campo intencional ha llegado a su límite originario, donde se desvanece en la trascendencia absoluta.

La intencionalidad objetiva aparece mediada, intermedia, frente a la intencionalidad originaria (donde no hay síntesis de identidad sino meramente síntesis esquemáticas) por una franja constituida por lo que Husserl llamó *fantasías perceptivas* (identidades no objetivas), que encontró, por primera vez, en el arte. Esta franja intermedia tendrá, en adelante, una gran importancia como nivel donde se da la subjetividad egoica (no psicológica, ni diminuta, evidentemente) y desde la cual sólo es posible, por ejemplo, para un matemático, acceder al campo

eidético (si lo hiciera desde la imaginación, tendría grandes dificultades).

En el nivel originario, la subjetividad (no egoica) es una comunidad de singulares (humanidad de iguales). Es en el *regressus*, desde este nivel originario, donde, primero como *catábasis fenomenológica* y luego como *anábasis natural* (no naturalista), se desvelan los niveles *gnoseológicos* intencionales y se establece la serie natural.

La naturaleza antrópica de esta operación (la realidad humana) se produce por la correspondencia de la serie del campo intencional y de la *scala naturæ*. Como se sabe, los primeros intentos de esta confrontación tuvieron lugar cuando coincidieron en el tiempo la revolución de la física cuántica y la revolución de la filosofía fenomenológica. La correspondencia (primero *ad hoc*) se confirmó cuando se vio que los caracteres de la realidad en la escala cuántica (cuantización, superposición lineal, incertidumbre, transprobabilidad, entrelazamiento y virtualidad) coincidía básicamente con el carácter fundamental del nivel intencional originario: la *transposibilidad*.

En consecuencia, las equivalencias entre el materialismo filosófico y el materialismo fenomenológico (no “la fenomenología”, puesto que la fenomenología de Husserl acaba en un idealismo) son las siguientes: M es la trascendencia absoluta;  $M_i$  ( $M_1$ ,  $M_2$  y  $M_3$ ) es: la serie natural, el campo intencional y el campo eidético; E es la subjetividad del campo intencional, que va, por *transposibilidad*, desde el ego operatorio objetivo a la subjetividad no egoica (comunidad de singulares), pasando por la subjetividad transoperatoria, es decir, el ego del “monólogo interior”: el Ego transoperatorio. Y el filtraje que abre la realidad antrópica es la *epokhé*, que suspende el naturalismo. Hay que subrayar que, en ambos casos, la materialidad infinita e indefinida ha quedado obviada como trascendencia absoluta, absuelta.

Queda por precisar que, en el materialismo fenomenológico, mientras que el campo intencional (equivalente a  $M_2$ ) está nivelado por franjas de intencionalidad, el campo eidético no lo está: su núcleo, la matemática moderna,

desde Riemann y Galois, avanza en un proceso imparabable de profundización y unificación.

Después de esta apretada síntesis de las posiciones del materialismo filosófico *versus* el materialismo fenomenológico, volvamos al examen de la tríada fundamental: M, E, M<sub>1</sub>.

Lo que tiene las metáforas, como le ocurre al Bien, es que son *difusivas*; si hay un filtro hay también un filtrante y un filtrado. Si el E filtra es porque lo filtrado, el M<sub>1</sub>, procede del filtrante M, al que atribuye, retrospectivamente, alguna de sus características o propiedades. Y aquí está el problema. Por definición, M, la materialidad ontológico-general, está en fuga absoluta desde lo categorial y, como tal, está ab-suelta, es trascendencia absoluta. Lo que equivale a decir que, si le atribuimos alguna "propiedad", alguna sustantivación o calificación, lo es desde lo filtrado. Lo absolutamente trascendente, lo ab-suelto, es incalificable. Con lo que se hace problemática la atribución básica de *materialidad*, ni aunque se añada la calificación de *trascendental*.

Una materia ontológico-general construida a partir de una realidad complementaria de M<sub>1</sub>, que conduce inevitablemente a la fuga absoluta hacia lo infinito- indefinido, no mantiene sino la tesitura de lo metaforizado.

La realidad no antrópica pierde el sentido y, con tal pérdida, no hay posibilidad de calificación. No cabe una posición intermedia entre una realidad metafísica y una realidad antrópica; o, mejor dicho, tal posición es la no-posición de la trascendencia absoluta. Lo que quiere decir que el operador E ha perdido una de sus funciones, la de filtrador, y sólo mantiene la función de sumador de las materialidades genéricas.

Por el contrario, en la plantilla del materialismo fenomenológico, M no es abordable mediante sustantivaciones o calificaciones. Se llega al borde del *progressus* natural tras la inversión de la *epokhé*, que abre los campos intencional y el eidético, y, en el límite superior (originario en el *regressus*), en la franja donde tiempo, espacio y sentido se hacen y deshacen, donde se constituye la subjetividad humana, todavía no egoica, donde hay sín-

tesis meramente esquemáticas, sin identidad, donde no hay trayectorias sino "camino" de sentido... asistimos a la trans-realidad de lo que se ab-suelve, sin posibilidad de disolución en el filtraje.

Esto confirma que este nivel o franja "superior", nivel de superposiciones lineales sin trayectorias y de transposibilidades sin síntesis de identidad, no puede albergar un E trascendental. Perdida su función de filtrador, ha perdido incluso su carácter egoico. Tendrá que pasar, por transposición, al siguiente nivel, donde el ego, el Ego transoperatorio sí posee la función sumatorio, pero no la función trascendental. La función trascendental queda reservada a la comunidad de singulares no egoicos.

Lo anterior parece conferir al materialismo filosófico un matiz de "clásico" en cuanto contrapuesto a lo cuántico, a lo fenomenológico.

Como dice Feynman en su tesis doctoral: "La mecánica clásica es la forma límite de la mecánica cuántica cuando la constante de Planck,  $\hbar$ , tiende a cero. El sistema clásico, análogo a un sistema de la mecánica cuántica (cuando tal analogía es posible), puede ser obtenido matemáticamente, de la manera más directa, haciendo que  $\hbar$  tienda a cero en las ecuaciones de la mecánica cuántica. El problema inverso, el que consiste en determinar una descripción cuanto-mecánica de un sistema cuyo comportamiento en mecánica clásica es conocido, no es necesariamente de fácil solución. En efecto, la solución puede no ser única"<sup>3</sup>.

De la misma manera, tras la *epokhé*, lo clásico no es lo metafísico (lo en-sí naturalista), sino lo que sólo admite las identidades sintéticas (eidetismo), y esto significa que el materialismo filosófico es la forma límite del materialismo fenomenológico, cuando el fenómeno tiende a cero. Pero la operación inversa (como en la física) es evidentemente más difícil. Hay más resistencias, tal vez más, como veremos, en el plano de la representación, *in actu signato*, que en plano del ejercicio, *in actu exercito*.

Dicho esto acerca de M, pasemos al segundo miembro de la tríada: E. Por lo pronto hay que salir tajantemente al paso de la caricatura de la crítica al Ego trascenden-

tal que se me atribuye en la página 34 del libro que comentamos. El Ego trascendental no sería sino “el sumatorio de la multitud de egos individuales”; los egos individuales no serían sino “los *egos diminutos*, ocupados, de modo narcisista, en sus intereses vegetativos, en sus negocios, sentimientos, éxitos o fracasos, más *prosaicos*”. El Ego trascendental sería, según esta interpretación, el compendio de los *egos psicológicos*.

Ahora bien, esto es desconocer totalmente los efectos de la suspensión del naturalismo (psicologista, sociologista...) que se ha producido con la *epokhé*, abriendo paso al campo intencional, desde el nivel de las correlaciones subjetivas hasta el nivel donde las síntesis lo son sin identidad. *Las subjetividades del campo intencional no son subjetividades psicológicas*.

La cuestión planteada es si el Ego trascendental, que ha perdido su función de filtro de M, sigue ejerciendo su función de totalización en los nuevos campos, intencional y eidético, abiertos tras la suspensión del naturalismo: ego trascendental *versus* subjetividad intencional.

Es evidente que no se trata ya de “subjetividades distributivas de intereses individuales” en el plano psicológico naturalista. Lo que se impone es una nueva visión de la subjetividad trascendental, ya no limitada a la intersubjetividad operatoria, sino ampliada, por transpasibilidad, a la franja de la *intersubjetividad transoperatoria*, a su vez dividida en una franja en la que la subjetividad (intersubjetividad) es egoica, con correlaciones que producen síntesis de identidad no objetivas, y otra franja donde la intersubjetividad no es más que una comunidad de singulares no egoicos. Y es en este nivel de la humanidad que da sentido a la realidad donde habrá que situar la función de la trascendentalidad. Pero, en tal nivel, la subjetividad no es egoica, mientras que, en el siguiente nivel, la subjetividad sería ya egoica pero no trascendental.

En todo caso, la polémica no se plantea, de ninguna manera, en el terreno psicológico de los “egos diminutos”, que estudia la psicología naturalista, y, dado que los niveles de la serie natural quedan identificados como tales niveles (materia no organizada, materia organizada

bio-químicamente, materia animada), por su correspondencia con los niveles de la serie intencional, resulta que los géneros de materialidad del materialismo filosófico,  $M_1$ ,  $M_2$  y  $M_3$ , tiene su análogo en la serie natural, el campo intencional y el campo eidético<sup>4</sup>.

Es evidente que es ahora la subjetividad fenomenológica estratificada del campo intencional, centrada en el Ego transoperatorio, la que asume las funciones de totalización. No hay acceso a la eidética sino a partir de las fantasías perceptivas del nivel intermedio del campo intencional (lo confirma la matemática moderna desde Riemann y Galois, hasta Gibert y Grothendieck). Y no hay aplicación de las estructuras eidéticas a la realidad física si no es por la aplicación ejercida por la subjetividad intencional, centrada también en el Ego transoperatorio.

Analícese de este modo la ecuación de Dirac, con sus predicciones del *spin* y de la antimateria, tras haber añadido la relatividad especial a la ecuación de Schrödinger<sup>5</sup>.

Dos son las cuestiones que están en el trasfondo de todo lo anterior, una en la dimensión horizontal y otra en la vertical: la cuestión del fenómeno *versus* el eidos, y la cuestión de la verdad como síntesis de identidad.

Fenómeno puede entenderse como *parecer* y como *aparecer*. Los científicos usan el término de fenómeno (fenomenológico, fenomenología de...) en el sentido del *parecer*; los filósofos en el sentido del *aparecer*. Algo “parece”, y luego su comparecencia ya no “parece ser”, sino que es. En cambio, algo “aparece”, cuando se manifiesta y comparece sin más.

El parecer es la antesala de la eidética. Cuando algo deja de parecer es porque el fenómeno se desvanece, se cancela, y se muestra lo que es eidéticamente. Este es el proceder reflexivo de los científicos. Por el contrario, el aparecer no es, en principio, la antesala de nada; es el *fenómeno en cuanto fenómeno*. Algo aparece porque se manifiesta sin esperar nada más. Esto es lo que ocurre en el campo intencional; solo que este aparecer es doble: hay una *aparencia* y una *aparecencia*. El fenómeno como aparencia es el contenido hylético sometido a la corre-

lación intencional en sus diferentes niveles. El fenómeno como aparencia es el resultado de las síntesis, tanto si estas son producto de operaciones o de transoperaciones, tanto si las síntesis son de identidad como si no lo son; y, en el caso de que haya síntesis de identidad, tanto si son síntesis objetivas como si se trata de síntesis no objetivas, (como en el arte, que es un constructo de fantasías perceptivas).

Tenemos, pues, el parecer o, si se quiere, la *parencia*, por un lado, y el aparecer o, si se quiere, la *aparencia* y la *aparencia*, por otro. Para el proceder científico, tras el parecer, todo acaba con el triunfo de la eidética. Para el proceder filosófico, con el aparecer, el campo intencional y el campo eidético se disocian, aunque luego mantienen entre sí relaciones peculiares, como vemos en las diversas ciencias: eidéticas, humanas y naturales (clásicas o cuánticas).

En la dimensión que hemos llamado vertical, la cuestión que se discute es la índole de las síntesis. Frente a una concepción monolítica de la verdad como identidad sintética, aunque se admitan franjas de verdad, hay la concepción, según la cual, las síntesis no son siempre síntesis de identidad. De acuerdo con la teoría de los niveles fenomenológicos de la serie intencional, (que además controlan, por el principio de correspondencia, los niveles de la serie natural), hay síntesis de identidad objetiva, síntesis de identidad sin objetividad y síntesis sin identidad alguna, meramente esquemáticas.

Las ciencias naturales “clásicas” pueden ser analizadas desde el punto de vista de las síntesis de identidad (teoría del cierre categorial). Pero ni las ciencias humanas, ni la física cuántica pueden ser analizadas sólo mediante la noción de verdad como identidad sintética.

La física cuántica ha tenido una extraña evolución porque se ha visto, desde el principio, implicada en cuestiones filosóficas inabordables en términos estrictamente científicos. La superposición, la transprobabilidad, la incertidumbre, el entrelazamiento y la virtualidad desafían la teoría de la verdad científica como identidad sintética y la teoría de la predicción clásica. Einstein es el emblema de esa resistencia clásica a la revolución filosófica, pese a su afición por la filosofía. Dirac es el emblema de la implicación filosófica, pese a su desapego filosófico. Y las ciencias humanas son imposibles, pese al andamiaje eidético, sin una apelación continua e inexcusable al nivel originario humano, donde la eidética no tiene lugar (en este caso, pese a Husserl).

Hemos visto cómo en la conversión materialista de la realidad tradicional metafísica a la realidad antrópica, el esquema clásico *Ser, Alma, Mundo, Dios*, se reconvierte en  $M, M_i (M_1, M_2, M_3)$ , con un gran operador trascendental  $E$ , que filtra la trascendencia absoluta y totaliza los géneros de  $M_i$  los géneros de materialidad. Es claro que, al transitar en el materialismo filosófico, desde

su vertiente ontológica a su vertiente gnoseológica, las constricciones de su apretada simetría, cuyas dificultades hemos apuntado, se trasladan al nuevo plano.

En el esquema ampliado del materialismo fenomenológico el Ego trascendental da paso a un Ego transoperatorio, situado en otro nivel intencional y con funciones más limitadas, disminuyendo las constricciones anteriores. Los tres géneros de materialidad, tras la *epokhé* que ha abierto los campos intencional y eidético, son ahora: la serie natural (escalonada desde los niveles fenomenológicos por el principio ampliado de correspondencia), el campo intencional (organizado en niveles de correlación, con sus



síntesis correspondientes) y el campo eidético unificado. Le corresponde al Ego transoperatorio la función de organización de las relaciones entre estos tres campos.

La epistemología (o gnoseología), tras el establecimiento de la correspondencia entre la catábasis fenomenológica y la anábasis natural, es analizable a partir de las relaciones diversas que se crean entre los tres campos.

La matemática plantea la difícil cuestión de su abordaje; es imposible un acceso directo al campo eidético. La variación eidética que propone Husserl es un acceso indirecto a partir del nivel de intermediación intencional. Sólo a partir de determinadas fantasías perceptivas (con el riesgo de su contaminación por la imaginación) es posible lograr las identidades no objetivas que constituyen la trama eidético-matemática. Para un matemático, es una ascesis difícil dejar de lado los apoyos de imágenes que parecen necesarias y no son sino un obstáculo que hace derivar la eidética hacia la objetividad intencional. El campo eidético se unifica progresivamente sin tales imágenes y, en su creciente profundización, no hay lugar para una organización en niveles. Cabe añadir que la llamada lógica matemática no es sino una de las partes de la eidética que entran en el juego matemático (Lautman), mientras que la lógica intencional no es sino la lógica que articula los niveles fenomenológicos, junto con la temporalidad.

En cuanto a las ciencias naturales, la teoría del cierre categorial da cuenta de todas ellas en su estadio "clásico". Pero la estabilidad de la física cuántica necesita nuevos fundamentos. Tal vez sea el principio de Pauli la última estructura analizable en los términos del cierre categorial. Lo que está más allá de la escala habitual, la organización de la materia sin más principio que la conservación de la energía, queda fuera del dominio clásico. Mantener las explicaciones clásicas equivaldría a permitir la catástrofe de la materia.

La radiación del cuerpo negro estudiada por Planck, con la que se inicia la cuantización, se reveló análoga a la radiación del fondo cósmico de microondas descu-

bierta por Penzias y Wilson. La estabilidad física en esas condiciones, previas al *fiat lux*, exigió pagar el precio del abandono del marco clásico.

Seguramente tenía razón Feynman cuando afirmaba de modo provocador que nadie entiende la física cuántica. Se sobreentendía que nadie la entiende científicamente sin la intervención de la filosofía, no como reflexión de segundo grado, sino como actor principal. Lo que un físico cuántico llamará *superposición* (el comportamiento de cualquier partícula como una onda), un filósofo lo llamará transposibilidad. Las consecuencias que se derivan de la superposición son las mismas que se derivan de la transposibilidad. Física y Filosofía se alternan en sus contribuciones a pretender explicar la estabilidad del nivel cuántico o nivel originario. Cuantización, superposición... tiene un enfoque físico y un enfoque filosófico, y unas veces ha sido la física y otras la fenomenología las que han hecho las propuestas más aventuradas.

La estructura del nivel cuántico-originario es el banco de prueba de la epistemología (o gnoseología) de las ciencias naturales. Es ahí donde tiene lugar la aplicación profunda de determinadas estructuras eidético-matemáticas a la serie natural. Sin el campo complejo de Wessel, sin los espacios pluridimensionales de Hilbert, sin el análisis funcional... pero también sin la transprobabilidad, sin las síntesis esquemáticas sin identidad, sin el hacerse del sentido... la escala profunda de la realidad, que soporta la organización de la materia, sería un enigma.

Podemos repasar someramente el trenzado de aportaciones, por parte de la física y por parte de la filosofía, en la serie de los científicos que construyeron la física cuántica en la primera mitad del siglo XX: Bohr, Schrödinger, Born, Dirac y Feynman; de manera que el ajuste de las estructuras eidéticas se ha ido haciendo cada vez más preciso.

En la propuesta de Bohr, todavía está vigente el principio clásico de correspondencia. En rigor, más que de una física cuántica, contrapuesta a una clásica, se trata de una física semi-clásica. El llamado "modelo de Bohr" no es sino una construcción *ad hoc* que hace "correspon-

der” las condiciones de cuantificación de Planck con las exigencias de la mecánica clásica: supuesta pragmáticamente la cuantificación de los niveles de energía de los estados atómicos, la mecánica clásica da cuenta de los resultados.

En un segundo paso, con la ecuación de ondas de Schrödinger, lo que se produce es el cambio del principio de correspondencia. Ahora se corresponden el inicio de la serie fenomenológica, con su estructura de transposibilidad, y el final de la serie natural, en el *regressus* gnoseológico, con su estructura de superposición (de ondas-partículas). El resultado es una soberbia y original propuesta física en la que un vector de estado se distribuye en la suma de vectores de base (según el observable elegido), con un coeficiente cada uno de ellos que es la amplitud de probabilidad expresada en un número complejo. Y ese vector de estado evoluciona en el tiempo de modo absolutamente determinado.

Pero hay aquí un punto negro. Toda esta construcción está en función de un *tiempo externo*, el tiempo de la física clásica; la ecuación de Schrödinger no es relativista. Y tampoco está clara la interpretación de las consecuencias físicas que se derivan, que evidentemente no son clásicas. Fue Max Born quien formuló esta interpretación: es la transprobabilidad, llamada “regla de Born”. Born rompió con la penúltima ligadura de Schrödinger con el mundo clásico: el módulo del vector de estado elevado al cuadrado nos da la densidad de probabilidad de observar una partícula en una zona aproximada. Con la transprobabilidad ya está funcionando plenamente la superposición. Hay un cambio de la lógica clásica. La superposición no es la y ni la o lógicas habituales; es un *más* por el que una partícula ocupa dos lugares *a la vez*. Estamos trabajando en el nivel fenomenológico originario en el que la transposibilidad hace que la riqueza, el rigor y la energía del contenido de ese nivel impliquen necesariamente la superposición de sus correlaciones.

El paso siguiente, dado por Dirac, es múltiple. Se estabilizan el sistema de símbolos y la estructura matemá-

tica de referencia, se confirma la aplicación del espacio complejo y multidimensional de Hilbert y se sustituye el tiempo externo de Schrödinger por el espacio-tiempo de Einstein. La ecuación de Dirac es ahora relativista (como lo fue antes la intermedia de Klein-Gordon). Las consecuencias son asombrosas. La nueva ecuación, más sencilla que la de Schrödinger, implica la existencia del *spin* (ya descubierto, pero no explicado) y la existencia de antipartículas (tardaría unos años Andersen en descubrir el positrón, antipartícula del electrón, en los rayos cósmicos). Y la combinación de la teoría cuántica con la relatividad abrirá el paso a la teoría de los campos cuánticos, ya previstos como campos intencionales.

Dirac, sin embargo, no admitió la condición necesaria para el nuevo paso que atribuimos a Feynman. No admitió la necesidad de una *renormalización* que consideró siempre una estructura “fea”, incompatible con la pureza estética de su propuesta. En la renormalización, la energía observada de un electrón es la suma de su autoenergía (interacción con el campo) y de la energía desnuda (separada del campo electromagnético).

Dirac representa, con su introducción del *spin* y la *anti-materia* en la estructura lógica de la mecánica cuántica, un ajuste teórico riguroso entre la eidética y la realidad natural que parecía definitivo. Pero, en 1947, Lamb y Retherford descubrieron una grieta en la teoría de Dirac, un mínimo desajuste entre dos niveles de energía del átomo de hidrógeno: el magnetismo del electrón era un poco menor de lo previsto.

Con el nuevo paso, cambia el enfoque. El hamiltoniano de Schrödinger y Dirac es sustituido por el lagrangiano. Aparece una nueva formulación de la física cuántica. Los valores propios que resultaban en la ecuación de Schrödinger, las amplitudes de probabilidad, son ahora “camino” (no trayectorias) que se integran y que contribuyen, por extravagantes que sean, al resultado, que será clásico cuando, en el límite, por transposición de niveles, triunfe una trayectoria clásica. Pero, de modo milagroso, esa contribución de los “camino” puede medirse en términos de la *acción* clásica.



Como se ve, lo que dibuja Feynman no es sino el proceso mismo de espacialización /temporalización del nivel intencional originario, en el que los caminos que se aproximan y separan “dibujan” el espacio, y los conflictos de la irreversibilidad de los procesos en curso “esbozan” también el tiempo.

En resumen, las discusiones interminables sobre la interpretación que hay que dar de la mecánica cuántica, que han llevado a otorgarle un aura de misterio y han conducido a muchos físicos a una actitud pragmática y escéptica (¡funciona y basta!), son perfectamente inteligibles desde el materialismo fenomenológico, desde el nivel intencional originario correspondiente.

A partir de ahora, ya no se podrá avanzar en la física, so pena de caer en la pura especulación, sin utilizar simultáneamente herramientas científicas y filosóficas. Ciencia y filosofía han cambiado su *status*: el ejemplo más claro lo encontraremos en la cosmología y en la teoría de cuerdas.

Por lo que respecta a las ciencias humanas, es evidente que tienen como campo básico de referencia los niveles gnoseológicos del campo intencional, en su catábasis, desde el nivel superior de la humanidad como comunidad de singulares no egoicos y el nivel de intermediación donde se produce la *partición* del nivel anterior con la aparición de aglomerados culturales, hasta los mecanismos de configuración del nivel intencional inferior, en el que las sociedades se organizan con arreglo a la aceptación del poder (política), la asignación de recursos (economía) y la igualdad de los ciudadanos (derecho).

Por supuesto que, en cada caso, el sujeto intencional, centrado en el ego transoperatorio, podrá echar mano de los recursos eidéticos necesarios. Se requiere, no obstante, medir bien la incidencia de la utilización eidética para que la base intencional humana no quede desfigurada (por ejemplo, cuando la economía financiera arrasa la economía real).

Hay que observar que, mientras que en el materialismo filosófico las ciencias humanas aparecen como límite de las ciencias naturales, dado que en su campo no

pueden cancelarse las operaciones, en el materialismo fenomenológico, la situación está invertida: las ciencias naturales son el límite de las ciencias humanas. Es, de nuevo, la índole del fenómeno no resoluble en esencia, la naturaleza de las síntesis sin identidad y la diferencia entre operaciones y transoperaciones lo que justifica tal inversión.

Es en el juego de la relación entre los niveles del campo intencional donde encontramos los elementos con los que se constituyen todas las ciencias humanas.

Pongamos un ejemplo. En su *Ensayo sobre las categorías de las ciencias políticas*<sup>6</sup>, Gustavo Bueno recupera la idea filosófica aristotélica de *eutaxía* para explicar lo que es la *democracia*: la aceptación, en el *demos*, del ejercicio del poder por una parte del todo. La organización *política* de la sociedad sobrepasa la organización *natural* de la misma cuando una parte se hace cargo de la configuración del todo. El *poder* político consiste en la capacidad de una parte de hacer que sus intereses “particulares” se conviertan en intereses “comunes” aceptados por todos. La *eutaxía* (frente a la *distaxía*) mide el éxito de tal operación política.

Pero, para que la política tenga éxito se requieren, al menos, tres condiciones:

1. Que la parte que asume el poder sea capaz de “desclasarse”, hasta cierto punto, de sus intereses partidistas para elevarse a aplanos de interés global.
2. Que el resto de las partes acepten el poder porque estiman que la propuesta *se inscribe en el plano de la humanidad*, el nivel intencional de iguales en el que *todavía* no se ha producido *partición* cultural alguna.
3. Que se evite la confusión del *demos* con la *natío*. Si el *demos* político se configura en el perímetro de los contenidos “nacionales”: lengua, religión, tradiciones y mitos, amalgamados con sentimientos, la apelación anterior al nivel de la humanidad queda bloqueada, y la operación deja de ser política. No podrá, en tal caso, haber aceptación del poder (democracia), sino conflicto civil, con una regresión a los modos violentos (no jurídicos) de la sociedad natural. Esta *distaxía* radica en una *metábasis*,

confusión de los niveles intencionales, con retorno a la situación natural, prepolítica.

Toda la dificultad radica en una administración sutil del poder, de manera que sea *eutáxico*, orientado por una parte, pero encaminado a la supervivencia y progreso del todo.

La metábasis de niveles en la que incurre el nacionalismo pseudopolítico se confirma cuando, al *Entschluss*, la decisión de escisión de un *demos* por razones de contenido nacional, le sigue un *Anschluss*, la pretensión de anexión de otros territorios análogos culturalmente, aunque para ello tenga que tragar recuerdos ominosos.

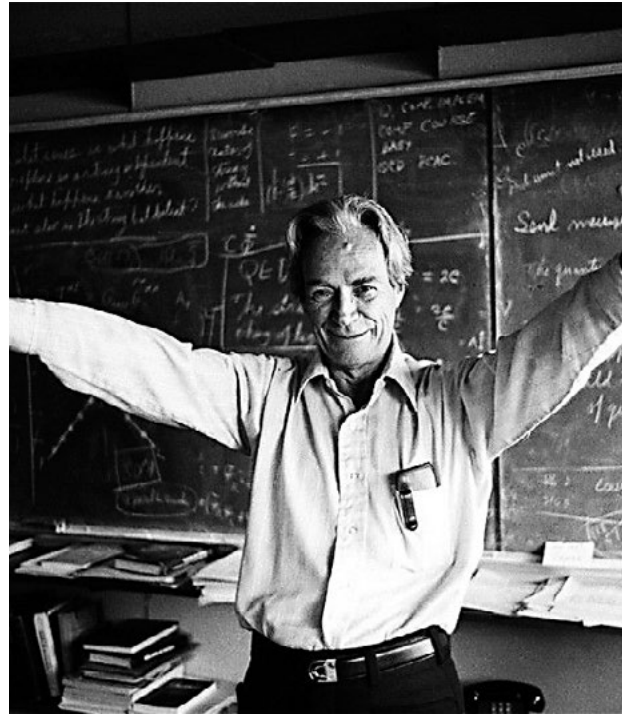
Es evidente que este análisis es un ejercicio claro de materialismo fenomenológico: la humanidad está en el nivel superior, lo nacional en el nivel intermedio y el *demos*, organizado eutáxicamente, en el nivel inferior.

Se podrían aportar, en la inmensa obra de Bueno, ejemplos parecidos a este. Quiero decir que habría que distinguir, en su obra, como por cierto le ocurrió también a Husserl, un plano *in actu signato*, en el que la filosofía explora su propia *representación*, y otro plano de filosofía ejercida, *in actu exercito*.

Husserl no fue capaz, aunque lo intentó al final de su vida, de redactar su obra definitiva de representación, pero nos dejó, en lo que ahora es la colección *Husserliana*, el ejercicio de incontables investigaciones maravillosas, a veces difíciles de coordinar. Es en estas investigaciones “ejercidas” donde la fenomenología actual ha encontrado su base.

Gustavo Bueno, por el contrario, sí quiso redactar en este su último libro la autorrepresentación cerrada de su filosofía. Curiosamente, es irónico que el análisis y descalificación que dedica a Husserl lo sea de su filosofía representada, del Husserl académico y escolar.

Tal vez haya que suponer, como conclusión, que la filosofía verdadera de Gustavo Bueno no está tanto en los textos en los que se retrae a la representación cerrada de su materialismo filosófico, cuanto en los textos en los que se expande en la línea ejercitada de lo que no es sino un materialismo fenomenológico.



Richard P. Feynman.

## Notas

- <sup>1</sup> BUENO, G., *El Ego trascendental*, Oviedo, Pentalfa, 2016.
- <sup>2</sup> *El basilisco*, nº 40 de la segunda época, 2009.
- <sup>3</sup> FEYNMAN, R., *Le principe de moindre action en mécanique quantique*. Paris, Person, 2007, p. 22.
- <sup>4</sup> SÁNCHEZ ORTIZ DE URBINA, R., *Estromatología; teoría de los niveles fenomenológicos*, Madrid, Brumaria – Eikasía, 2014.
- <sup>5</sup> Ver la definitiva biografía de Dirac: FARMELO, G., *The strangest man: the hidden life of Paul Dirac, Quantum genius*, Londres, Faber & Faber, 2009, pp. 142 y ss.
- <sup>6</sup> BUENO, G., *Primer ensayo sobre las categorías de las ciencias políticas*, Logroño, Biblioteca Riojana, 1991, p. 181.

## 1 EL CIERRE DEL MATERIALISMO FILOSÓFICO

Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina

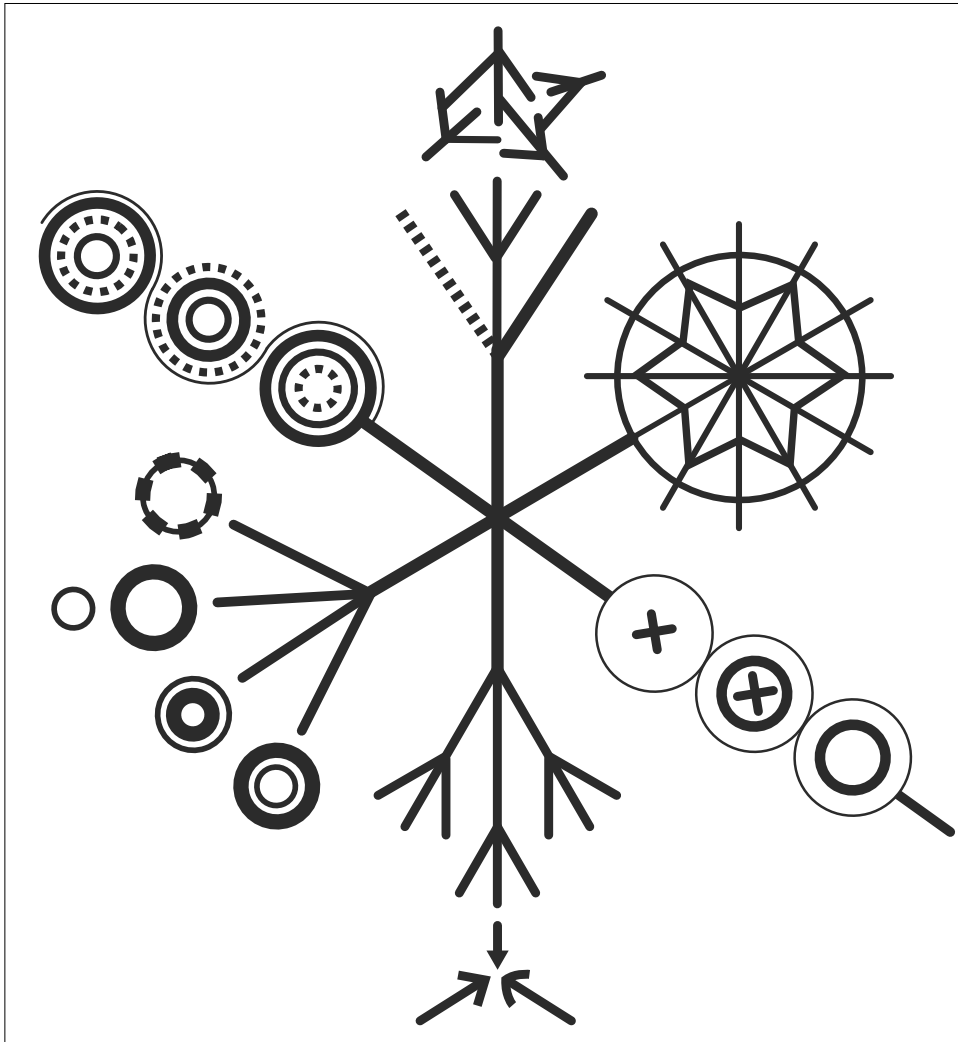


Diagrama del  
Materialismo Filosófico.  
Fuente: E.F.R. 2012.

En sentido horario: ideas de la Ontología general y especial: Materia ontológico general (M), Ego trascendental (E), Materia ontológico especial (Mi) con su tripartición (corporeidad física o  $M_1$ , subjetividad o  $M_2$  e idealidad o  $M_3$ ). Idea de Symploké. / Ejes del espacio antropológico (circular, radial, angular). / Teoría de la evolución de la Religión: núcleo, cuerpo y curso, con la dialéctica de las tres fases de la religión. / Ejes del espacio gnoseológico (sintáctico, semántico y pragmático) con la idea de verdad como identidad sintética. / Despliegue de las teorías gnoseológicas: descripticismo, teoreticismo, adecuacionismo y constructivismo (relaciones diaméricas entre materia y forma). / Desarrollo de la historia de la filosofía tomando como hilo conductor las relaciones de subordinación entre las ideas de la Ontología (M, E, Mi): edad antigua, edad media y edad moderna.